

CONCIERTO ORACIÓN

Parroquia del Padre Nuestro, Mendillorri – 11 de abril 2025



Fui al desierto a buscarte, Señor.

Todos me dijeron que había perdido la cabeza y que no solo no me encontraría contigo, sino que además me perdería a mí mismo. «—¿Qué esperas hallar en el desierto? Allá solo hay sequedad, soledad, silencio... Todo arde y, cuando el viento sopla, te abrasa la piel; no encontrarás más que montañas de arena, siempre iguales, te faltará de todo: frescura en el día, calor en la noche, un rumbo claro, la compañía de los que te quieren. No encontrarás al Señor en el desierto».

El Señor me dijo — «Por eso, yo la persuado, la llevo al desierto, le hablo al corazón, le entrego allí mismo sus viñedos, y hago del valle de Acor una puerta de esperanza». (Oseas 2, 16-17)

CANTO: **ORACIÓN**

Mi fuerza y mi desgana y cada vez que dudo.
Mis ruinas, mis fantasmas cuando me derrumbo.
Mi risa y mi nostalgia y todas mis miserias.
Mi suerte y mis alas, mi precio en oferta.
Mi instinto y mi consuelo, todas mis torpezas.
Mi carga y mi silencio y la imprudencia.
Los días que me pesan y el tiempo que perdona,
mi sueño, mi pereza y cuanto se acomoda.
Mi tiempo y contratiempo, idas y venidas.
Todo lo que no entiendo y mi alegría.
Tus planes mis deseos cuando no están cerca.
Todo esto te lo ofrezco, haz tú lo que puedas.
Por cada gesto tuyo que estoy yo,
cada renglón torcido de tu amor,
te doy mi ingratitud...
a ver si la conviertes tú en luz.

(Silencio)

Mientras camino hacia el desierto y veo las dunas imponentes en el horizonte, siento que mi corazón late con fuerza. «Voy a tu encuentro, Señor, mi Dios» — con cada paso que doy, me repito estas palabras. Estoy embelesado, la grandeza del desierto, su paz, me cautivan.

Al llegar, decido descalzarme, pisar la arena, sentirla entre los dedos. Pero enseguida me arrepiento: noto un pinchazo de dolor, cómo me abrasan las plantas de los pies, como si estuviera sobre el fuego.

Salmo de David. Cuando estaba en el desierto de Judá.

«Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua. Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios». (Salmo 63, 1-4)

CANTO: **COMO EL CIERVO**

Como el ciervo busca por las aguas,
así clama mi alma, por ti, Señor.
Día y noche yo tengo sed de ti,
y solo a ti, buscaré.
Lléname, lléname, Señor,
dame más, más de tu amor,
yo tengo sed, sólo de ti, lléname, Señor.

(Silencio)

Unos días caminando (¿o han sido horas?) me han hecho darme cuenta de que en el desierto todo resulta incómodo: la forma en que hay que pisar, los cambios constantes de temperatura, el sol y la arena que nublan la vista, la ropa que se pega al cuerpo por el sudor...

— «Señor, Tú eres bueno, ¿realmente es necesaria esta prueba para encontrarse contigo?»

El Señor me respondió: — «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera»(Éxodo 12, 37-42)

CANTO: **EN MI DEBILIDAD**

En mi debilidad me haces fuerte, en mi debilidad me haces fuerte
Solo en tu amor me haces fuerte, sólo en tu vida me haces fuerte.
En mi debilidad te haces fuerte en mí.

(Silencio)

Escuché entonces las palabras del Señor: —«Tú ten mucho ánimo y sé valiente para cumplir toda la ley que te dio mi siervo Moisés; no te desvíes a derecha ni a izquierda y tendrás éxito en todas tus empresas. Que el libro de esta ley no se te caiga de los labios; medítalo día y noche, para poner por obra todo lo que se prescribe en él; así tendrás suerte y éxito en todas tus empresas. Lo que yo te mando es que tengas valor y seas valiente. No tengas miedo ni te acobardes, que contigo está el Señor, tu Dios, en cualquier cosa que emprendas». (Josué 1, 7-9)

Mi condición es un misterio incluso para mí: mis piernas no desfallecen, a pesar del cansancio; mi cuerpo parece responder a un deseo mayor que sus propias fuerzas. Ya no noto cómo me ahoga la sed, la luz no me resulta tan cegadora, mi piel se ha acostumbrado al tacto de la arena.

Salir de mi zona de confort para entrar en el lugar del asombro y del agradecimiento... Ahora lo comprendo, Señor: tengo pies que me encaminan, agua que me sacia, ojos capaces de contemplar la belleza, un hogar al que regresar, un Dios Padre que me cuida.

CANTO: **QUIÉN PUEDE AMAR**

¿Quién puede amar y después odiar todo lo amado?
¿Quién puede negar que un Dios hecho pan tocó su corazón?
¿Puede acaso el sol pedir a la flor la luz y el calor que siempre le ha dado?
¿Por qué entonces me empeño en decirle a mi dueño: me has abandonado?
¿Quién puede amar y después odiar todo lo amado?
¿Quién puede negar que un Dios hecho pan tocó su corazón?
Por eso, pido a Dios: Dame un corazón para pedir perdón y amarte sin freno.
Para estar a las duras y a las maduras
y ver en ellas tu mano.

(Silencio)

Silencio. Silencio. Solo silencio... Aquí en el desierto no escucho nada, nada salvo mi propia respiración. Todo lo demás permanece callado, prácticamente inmóvil. Al principio, disfrutaba de esta paz, no echaba de menos el ruido ni el ajetreo diario, tampoco las conversaciones vacías, ni siquiera echaba de menos escucharme. Ahora, hay momentos en los que me siento abrumado por este mutismo y anhelo aunque sea un rumor...

El Señor le dijo: «Sal y permanece de pie en el monte ante el Señor». Entonces pasó el Señor y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante el Señor, aunque en el huracán no estaba el Señor. Después del huracán, un terremoto, pero en el terremoto no estaba el Señor. Después del terremoto fuego, pero en el fuego tampoco estaba el Señor. Después del fuego el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se mantuvo en pie a la entrada de la cueva. (1 Reyes 19, 11-13)

CANTO: **CUANTO VEO**

Cuanto veo, cuanto soy, cuanto existe surgió por tu poder
Mucho antes de que el mundo naciera cada secreto conocías bien.
Ni los reinos, ni el saber [ni los reyes ni los sabios]
Ni la tierra que está bajo mis pies [ni los montes, los truenos ni el mar]
Ni el más grande de todos los tesoros
son comparables con tu gran poder.
Y en la cruz, aceptas morir, rey sin voz, desnudo en soledad,
y sin luz quedas muerto y roto, roto por mí, dejaste todo por mí.

En el silencio, de pronto, escuché...

Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. (Isaías 53, 6-7)

El sumo sacerdote, levantándose y poniéndose en el centro, preguntó a Jesús: «¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que presentan contra ti?». Pero él callaba, sin dar respuesta. (Marcos 14, 60-61)

Silencio, guardaste silencio, Señor. Tú que posees todos los argumentos, Tú que eres Palabra, Verbo encarnado... Guardas silencio.

Qué gran sonido el silencio: en él tu voz se escucha alta y clara, resuena con fuerza dentro de mí.

CANTO: SABES BIEN

Necesito una respuesta a mi pregunta,
que es casi un ruego, casi una petición;
y la palabra que quiero oír de ti
es sólo un sí, dime que sí.
Tú sabes bien que cada gesto, cada aliento,
cada susurro tuyo yo lo hago ley.
Tú sabes bien que es tu gobierno el que deseo,
seré vasalla, fiel aliada de tu voz, seré vasalla.
Y buscaré la roca más perfecta
y sobre ella tu castillo levantaré,
y ante el mar, el viento, los disparos más certeros,
con mi vida que ya es tuya,
con mi amor que es tu escudo,
yo te defenderé
Sabes bien que morir no me importa si es por ti,
sabes bien que resucitaré sólo con un sí.

En el desierto, el silencio va de la mano de la soledad: mire donde mire no hay otros rostros, no tengo compañía. Y, sin embargo, ya no me siento solo.

En cambio, cuántas veces en mi vida ordinaria, a pesar de estar rodeado de gente, a pesar de estar siempre conectado con todos, siempre disponible, me he sentido profundamente aislado...

Una soledad impuesta, frente a un retiro deseado. No sentirse comprendido o saberse profundamente amado por Ti. Qué diferencia, Señor...

Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vean los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa. Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará. Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. (Mateo 6, 5-8)

CANTO: ES POR TU GRACIA

Cuando nadie me ve en la intimidad,
cuando no puedo hablar más que la verdad.
Donde no hay apariencia, donde al descubierto queda mi corazón.
Allí soy sincero. Allí mi apariencia de piedad se va.
Allí es tu gracia lo que cuenta, tu perdón lo que sustenta
para estar de pie.
Y no podría dar la cara si no fuera porque estoy
revestido de la gracia y la justicia del Señor.
Si me vieran tal cual soy se enterarían que es Jesús
lo que han visto reflejado en mi tan solo fue su luz.
Es por tu gracia y tu perdón
que podemos ser llamados instrumentos de tu amor,
Y es por tu gracia y tu perdón.
Mi justicia queda lejos de tu perfección.

Silencio, incomodidad, soledad... Son algunos de los signos del desierto. Todas estas realidades suelen evocar en nosotros algo negativo, una situación que es preferible evitar.

Pero el desierto, que también fue el lugar de retiro de Jesús, tiene mucho que decirnos. Dejemos que el Señor nos lleve al desierto y "nos hable al corazón".

Mientras suena el siguiente canto, vamos a pasara por el altar a coger un pequeño bote que contiene una pizca del desierto.

Si permitimos que el Señor nos abra los ojos del corazón, veremos que lo que parece arena en realidad es pan. Y así, donde pensábamos encontrar tan solo algo inerte, algo muerto, hallamos Alimento y Vida.

«—¿Qué esperas hallar en el desierto? Allá solo hay sequedad, soledad, silencio...»

—Tuve sed y hambre en el desierto, pero el Señor me sació; me sentí solo y Él me hizo compañía; en medio del silencio descubrí su voz cariñosa... Cuando creí morir, Él me devolvió a la vida, y ahora todo en mí se ha renovado.

¿Es que no sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y, de este modo, nosotros dejáramos de servir al pecado; porque quien muere ha quedado libre del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. (1 Romanos 6, 3-10).

CANTO: BENDICE, ALMA MÍA, AL SEÑOR

Bendice, alma mía, al Señor.
Bendícelo toda la vida,
con todo tu ser y todo tu amor.
Bendícelo, alma mía.
El Señor es compasivo
y clemente, bondadoso.
Su amor llega hasta los confines de la tierra.
es manso y nos ama, con un amor eterno.
Él perdona todas tus culpas
y cura tus dolencias.
Te rodea de misericordia y de ternura
y colma tus anhelos, tu juventud renueva.

